

Andrés Codesal Martín

**¡AY DE AQUEL POR
QUIEN VINIERE
EL ESCANDALO!**

APOSTOLADO MARIANO

**Recaredo, 34
41003-Sevilla**

Con licencia eclesiástica
Depósito Legal: B-43357-85
ISBN:84-86162-98-X
Printed in Spain
Impreso en España
EMEGÉ, Industria Gráfica
Londres, 98 / Barcelona-36

Almas redimidas por la sangre del Hijo de Dios: venid conmigo a postrarnos delante del Crucifijo y a pedirle desde lo más íntimo de nuestro corazón nos conceda la gracia de *«poder comprender con todos los santos cuál sea la anchura y profundidad de aquel incomparable amor de Cristo que sobrepuja todo conocimiento»* (Ef 3,18-19).

Cuando yo, pobre pecador, me postro delante del Crucificado y me pongo a pensar en el excesivo amor que lo llevó a aquel estado, en el que no es posible mayor sufrimiento ni mayor humillación, embargado por el asombro y la admiración, atónito, no puedo menos de preguntarme ¿por qué lo hizo?

Comprendo que Dios, infinitamente sabio y poderoso, creara un día innumerables ángeles, espíritus de una inteligencia y un poder prodigioso, con el único fin de compartir con ellos su eterna felicidad; comprendo que otro día creara para el hombre un universo tan grande, perfecto y prodigioso, cuya magnitud y perfección llena de admiración y asombra a los sabios; y comprendo también que Dios quisiera crear en la naturaleza tantas maravillas para que el hombre pudiera por ellas comprender cuán grande sea el poder y la sabiduría de su Creador. Todo esto es comprensible, teniendo en cuenta que *«para Dios todas las cosas son posibles»* (Mt. 19,

26) y no tiene que sudar ni cansarse al hacerlas... Pero lo que no entiendo, y no hay inteligencia que pueda llegar a comprender, es *el Por qué* Jesucristo quiso sufrir tanto para salvar al hombre pecador.

La pasión de Cristo ante la ciencia

Los maravillosos descubrimientos hallados por los científicos de la Nasa, al estudiar detenidamente, con sus modernos instrumentos, la fotografía de Cristo tridimensional de la Sábana Santa de Turín, ha llamado la atención del mundo entero, atrayendo a sabios y científicos de todas partes para dedicarse con el máximo interés a estudiar la imagen de Cristo crucificado. Los descubrimientos han sido sorprendentes.

Nos dice el Evangelio que Jesucristo estando haciendo oración en el Huerto de los Olivos sudó sangre mientras padecía una tristeza mortal. Nadie ha comprendido nunca el origen y motivo de aquel misterioso sudor; pero hoy la ciencia médica nos asegura que el sudor de sangre solamente es posible ante un espectáculo de inmenso terror que nos espanta y horroriza, y no obstante nos esforzamos a aceptar.

Jesucristo, estando en el Huerto, pudo ver de forma anticipada todos los horrores de su Pasión, y como era humano, *«en todo igual a nosotros menos en el pecado»* (Fil. 2,7), se espantó y sintió tanto miedo que, aterro-rizado, exclamó: *«Padre, si es posible no me hagas beber este cáliz»*. Entonces el Padre le hizo ver lo beneficioso que sería para el hombre que El sufriera todos aquellos horribles tormentos, tan terribles y espantosos. Y Jesucristo, hizo entonces tal esfuerzo de voluntad, para aceptar lo que tanto le horrorizaba, que solamente así se explica el que pudiera sudar sangre.

**«Tanto amó Dios al mundo que no paró hasta
que le entregó a su único Hijo» (Jn. 3,16)**

Jesucristo es el Hijo único de Dios, en quien el Padre *«tiene puestas todas sus complacencias»* (Mt. 17,5), y le ama con un amor infinito: un amor tan grande, que supera infinitamente al amor que tiene a todos los ángeles y santos juntos, incluida la Santísima Virgen.

¿Cómo, pues, se explica que viendo Dios Padre a su Hijo en aquella mortal agonía, no le liberó de ella, sino que quiso que sufriera todos aquellos acerbísimos tormentos para salvar al hombre pecador? ¿Qué esperaba recibir del hombre, que El no lo tuviera, y solamente el hombre se lo pudiese dar? ¿Por qué tanto interés en salvarlo, sabiendo lo desagradecidos que somos y la poca falta que le hacíamos? ¡Oh si pudiésemos comprender el significado de aquella expresión: *«Tanto amó Dios al mundo!»*.

La ciencia médica, al estudiar hoy la Pasión de Jesucristo, no explica cómo un hombre normal pudo padecer tantos tormentos, pues cada uno de ellos por separado, era suficiente para causar la muerte.

El tormento de la flagelación, reservado únicamente a los esclavos malvados, era tan doloroso y cruel, que sin causar heridas mortales, muchos morían por la intensidad del dolor...

El tormento de la corona de espinas, clavadas en la cabeza, la parte más delicada y sensible del cuerpo, porque a ella van a parar todas las sensaciones de dolor por estar en ella la terminal de todos los nervios, fue un tormento supersensible y doloroso, capaz de volverle loco y de hacerle morir de puro dolor.

El tormento de los clavos en los pies y en las muñecas, con todo el peso del cuerpo, al estar colgado

y sujeto por ellos a la cruz, fue tan terrible y espantoso como nadie puede imaginar.

¡Nadie en este mundo, si no es milagrosamente iluminado por la gracia de Dios, tiene capacidad para poder comprender la grandeza de los tormentos que Jesús padeció en la cruz por nuestro amor!

Conclusión

Pues, ¿cuál es la lógica conclusión que hemos de sacar de la realidad de esa muerte tan cruel que voluntariamente padece Cristo por nuestro amor? ¡Que el amor de Dios por el hombre, supera todo conocimiento y toda valoración! Si, pues, como nos dice Santa Teresa, el amor solamente puede medirse por lo que uno es capaz de sufrir por el amado, ¿cuál será el amor que Dios nos tiene cuando ha llegado a tales extremos?

«No hay mayor amor, nos dice el mismo Jesús, que el que da la vida por sus amigos» (Jn. 15,13). «Pero lo que hace resaltar más el amor de Dios hacia nosotros, añade San Pablo, es que cuando aún éramos pecadores, es cuando al tiempo señalado murió Cristo por nosotros» (Rm. 5,8).

El amor de Cristo supera todos los amores, porque El no ama solamente a los amigos, sino también a los enemigos; pues *«El no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva» (Ez. 11,33)*, y da su vida para salvarlos, y no les regatea una sola gota de su sangre ni los mayores sufrimientos.

¡Oh hombre que esto lees! No mires con desprecio a las almas por las que Jesucristo murió, y no seas indiferente a los problemas que puedan tener en orden a su salvación. Mira a ver si está en tu mano hacer algo para que se salven y no resulten inútiles tantos tra-

bajos que por ellas Jesucristo padeció. ¡Ay de ti si pudieras hacer algo para que se salve algún alma, si no lo haces!

EL MANDAMIENTO DEL AMOR

Un día un doctor de la ley, se acercó a Jesús y le dijo: «Maestro: ¿cuál es el mayor mandamiento de la ley?» Respondió Jesús: *«Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Este es el mayor y el primero de los mandamientos. El segundo es semejante y es: “«Amarás a tu prójimo como a ti mismo.” No hay otro mandamiento mayor, y en estos dos mandamientos se halla resumida toda la Ley y los Profetas»* (Mt. 22; Mc. 12; Lc. 10).

¿Por qué nos mandará Dios que le amemos? Nadie tiene interés en ser amado de alguien a no ser que él también le ame. Cuando uno está enamorado desea con ansia el ser correspondido. A nadie le importa el amor de los desconocidos. Si Dios nos manda tan encarecidamente que le amemos, es porque El nos debe tener un amor muy grande.

Dios quiere que le amemos, con todo nuestro ser, y más que a todas las cosas; pero también quiere que amemos al prójimo, porque todos somos hijos suyos y por todos murió Cristo en la cruz.

Si amamos a Dios no podemos mirar con indiferencia las almas por las que El tanto sufrió.

Dios es un Padre que tiene muchos hijos, que viven cerca de ti y están muy necesitados: El demonio, el mundo y la carne quieren perderlos, son innumerables los peligros que les acechan. Algunos ya han sucumbi-

do, otros están en peligro de sucumbir; muchos de ellos ni siquiera se dan cuenta del peligro en que viven... Pero tú, que has sido favorecido con una luz especial y comprendes el peligro de sus almas, ¿qué vas a hacer para ayudarlas? ¿No las ayudarás? ¿Cómo podrás decir a Dios que le amas si miras con indiferencia y no te importan las almas por las que El murió en la cruz?

Considera a Cristo en la cruz, colgado de tres clavos, soportando los más terribles tormentos para salvar esas almas que tú estás viendo marchar alegres y despreocupadas por los anchos caminos que conducen a la perdición... ¿Has pensado si estaría en tu mano hacer alguna cosa que pudiera detener alguna y volverla al camino que conduce a Dios? ¡Ay de ti si alguna de ellas se condenase por tu negligencia y descuido!

La caridad cristiana

¿Qué es la caridad cristiana? La caridad es una virtud que infunde Dios en el alma, junto con la gracia santificante y es inseparable de la misma.

La gracia santificante es un don sobrenatural, infundido por Dios en nuestras almas, para darnos una participación verdadera y real de su propia naturaleza divina, hacernos hijos suyos y herederos de la gloria.

La caridad, podríamos decir que es la *acción* del alma en gracia, que ama a Dios por ser quien es, y al prójimo por Dios.

La gracia y la caridad son inseparables, y son infundidas juntas en nuestras almas, según las palabras del Apóstol: *«La caridad de Dios se ha derramado o infundido en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo que nos ha sido dado»* (Rm. 5,5).

«Dios es caridad» 1 Jn. 4,18) y está en el alma que está en gracia, y El mismo es quien inspira y obra en

el alma los actos de caridad, pues «*sin El nada podríamos hacer*» (Jn 15,5).

La virtud de la caridad es la que da valor a todos nuestros actos, pues sin ella, todo cuanto hagamos carecerá de valor.

San Pablo nos asegura que, aun cuando repartiéramos toda nuestra hacienda a los pobres, e incluso, aun cuando diéramos la vida por ellos, si no tenemos caridad, no nos servirá de nada (1 Cor. 13,3).

La caridad es la médula de la santidad, pues aunque tuviéramos todas las heroicas virtudes de los santos, si nos falta la caridad, no nos servirían de nada.

Todos sabemos que nuestra religión se reduce toda al *amor*; el mandamiento más grande es *amar a Dios*; y el segundo, muy semejante al primero: *amar al prójimo como a nosotros mismos*. En estos dos mandamientos se resume toda la Ley y los Profetas (Mt. 23,40).

Hoy día entre nosotros se habla mucho de la caridad; no obstante, por mucho que se hable, siempre nos quedaremos cortos, porque ella es el fundamento y perfección de toda la vida cristiana.

Todos sabemos que la caridad lo es todo: La gracia, el mérito, la gloria... La caridad es el conjunto de todas las virtudes; ella sola produce la santidad y es el origen de todos los bienes.

Todos estamos de acuerdo en que la caridad es lo más grande, lo más sublime, lo más divino...; pero, desgraciadamente, en lo que no nos ponemos de acuerdo, es en la *forma* o el *orden* de ponerla en práctica.

Jerarquía de valores

Muchos de nosotros parecemos saduceos, que, no sabemos ver más que los males materiales de este

mundo, y no le damos importancia a los males verdaderos que son los males del alma.

Veamos, pues, cuál ha de ser el *orden* de nuestra caridad, según lo expone uno de nuestros mejores teólogos modernos:

«Nuestros deberes de caridad para con el prójimo están en proporción directa con la importancia de los bienes a que se refieran y con el grado de necesidad en que se encuentre.

»Este es el principio fundamental que, bien entendido, resuelve por sí solo la infinita variedad de aplicaciones que se presentan continuamente en la práctica.

»Para su recta inteligencia hay que precisar, ante todo, la *jerarquía de bienes* que pueden afectar al prójimo, y los distintos *grados de necesidad* en que pueda encontrarse.

»En primer lugar, es evidente que el bien *sobrenatural* está mil veces por encima del bien puramente *natural*. Santo Tomás no vacila en decir que, “el bien *sobrenatural* de un solo individuo, es mayor y vale más que el bien *natural* de todo el universo”. Esto es evidentísimo para todo el que conserve una chispita de fe y aun de simple sentido común.

»Las aplicaciones de este principio son inmensas. No se puede favorecer al prójimo, ni aun a la humanidad entera (v.gr., evitando una guerra mundial), si ha de ser a costa de cometer nosotros o hacerle cometer a él un simple pecado venial, por muy pequeño y ligero que sea.

»Al que se encuentre en extrema necesidad espiritual (v.gr., sin nuestra ayuda morirá sin bautismo o en pecado mortal), se le debe socorrer, bajo pecado mortal, aun con peligro de nuestra propia vida, con tal que la ayuda se estime necesaria y ciertamente eficaz.

»La razón es porque, el bien *espiritual* del prójimo debe prevalecer sobre nuestro propio bien *corporal*, incluso sobre la misma vida si depende de ello la salvación eterna del prójimo. Sería un desorden monstruoso anteponer nuestros intereses temporales, riquezas, comodidad y aun nuestra propia vida temporal, a la salvación eterna del prójimo» (Royo Marín, Teología de la Caridad).

EL MAYOR MAL DEL MUNDO

Una de las verdades fundamentales de nuestra fe, es que el único mal verdadero que existe o puede existir en el mundo, es el pecado. Todas las demás cosas que pueden afligir al hombre, ninguna es realmente mala, y solamente puede tener una razón de mal relativa, que será medida por la fuerza con que pueda influir en nuestra voluntad para llevarnos al pecado.

Asentada esta verdad, tendremos que asegurar que no es mala el hambre, ni la pobreza, ni la enfermedad, ni todas las miserias de este mundo, incluida la muerte, mientras no nos lleven al pecado.

Fuera del pecado, las demás cosas, incluso las más desagradables y con mayor apariencia de malas, no solamente no son malas, sino que podemos y debemos considerarlas buenas como venidas de la bondadosa mano de Dios que nos dice: «*Todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios*» (Rm. 8,28).

Las cosas desagradables que nos suceden, si las sufrimos con paciencia y por amor de Dios, se convierten en bienes eternos de inexplicable valor. Jesucristo en el sermón de la montaña, llama «*bienaventurados*» a los pobres, a los que pasan hambre, a los que

lloran, a los perseguidos, y a todos los que sufren con paciencia por amor de Dios. ¿Cómo podríamos decir que son *malas* las cosas que nos hacen bienaventurados?

Confiemos en Cristo, que sabemos que no nos engaña, y sepamos apreciar el valor del alma que El a tan caro precio compró (1Cor. 6,20).

¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? Y si la perdiere, ¿a cambio de qué podría rescatarla? No hay precio para comprar un alma; solamente la sangre de Cristo, de valor infinito, es suficiente para el rescate de un alma.

Dice el P. Fáber: «Jesús vino a este mundo solamente para salvar a las almas; por ellas derramó su Preciosísima Sangre y murió...

»El alma es la única cosa digna de todos nuestros esfuerzos. ¡Condenarse un alma y condenarse para siempre! ¿Quién es capaz de sondear el horror de semejante desventura? ¿Quién podrá formarse una idea exacta del abismo, de la ruina, de la inconmensurable desdicha, de la insoportabilidad del tormento, y del irreparable abandono, de la desesperación de un alma eternamente condenada?» (Todo por Jesús, Sec. IV).

Si tuviéramos verdadera fe, no habría cosa que nos aterrorizara como el peligro de pecar. Solamente la falta de fe, o la falta de caridad con el prójimo, puede hacernos insensibles a la desgracia de tantas almas como vemos caminan por la vía ancha y espaciosa que conduce a la perdición (Mt. 7,13).

El único mal verdadero

¿Cuál es el mayor mal de cuantos hay en el mundo?

—Los católicos lo sabemos; pero desgraciadamente muchos no queremos reconocerlo.

Para muchos, el único mal es el mal material: el

hambre, la enfermedad, la pobreza, la guerra... Pero a éstos les dice Isaías: *¡Ay de vosotros los que llamáis mal al bien y bien al mal, y tomáis las tinieblas por luz, y la luz por las tinieblas, y tenéis lo amargo por dulce y lo dulce por amargo!»* (Is. 5.20).

Ya hemos dicho que en el mundo solamente existe *un mal* que merezca tal nombre, que es el pecado: todas las demás cosas no son buenas ni malas, sino en cuanto nos llevan a Dios o nos inducen al pecado; pues solamente el pecado nos roba la felicidad eterna del cielo, y nos condena a la eterna desventura del infierno.

Dice Santa Teresa (Mor. 1.^a, c. 2): «Dios, por su misericordia, nos libre de tan gran mal, que no hay cosa mientras vivimos que merezca este nombre de mal, sino ésta, pues acarrea males eternos para sin fin...»

¿Qué mal existe, o puede existir en el mundo, que pueda compararse al pecado, que hace que quien lo comete, sea condenado a un infierno eterno? ¿Quién hay que pueda comprender lo que significa: una eternidad de tormentos? ¿Qué otro mal puede existir en el mundo, que pueda causarnos el enorme daño que nos causa el pecado? A la luz de la fe, bien podemos decir que los sufrimientos de un condenado en el infierno, por un pecado mortal, son muchísimo mayores que todas las penas que puedan sufrir todos los hombres en esta vida.

Sí: el pecado no es solamente el mayor mal, sino que es infinitamente mayor mal que la suma de todos los otros males del mundo.

Bien dice el P. Royo Marín que, si para salvar al mundo de una catastrófica guerra atómica, hubiera que cometer un pecado, no sería lícito cometerlo, porque el pecado es un mal infinitamente mayor que todos los desastres del mundo y todas las guerras atómicas.

¿Pues cómo es que por conseguir una paz engañosa, estamos transigiendo con el diablo, como *perros mudos*, no atreviéndonos a condenar con todas nuestras fuerzas tantos escándalos? ¿Por qué no protestamos; por qué no luchamos con todas nuestras fuerzas, haciendo y condenando cuanto esté de nuestra parte los escándalos que pervierten a la juventud y pierden las almas?

Jesucristo dijo: «*No he venido a traer la paz, sino la guerra; pues he venido a enfrentar tres contra dos y dos contra tres...*» (Mt. 10,34; Lc. 12,51). No son buenos cristianos quienes por conservar la paz transigen demasiado en perjuicio de las almas.

Pues siendo el pecado el mayor mal del mundo, fácil es comprender que, lo peor de todo, es el escándalo, que tantas almas arrastra al pecado.

No hay cosa peor que se pueda hacer en este mundo, que escandalizar a las almas y empujarlas al pecado.

La horrible gravedad del escándalo

Dijo Jesucristo: «*Es inevitable que haya escándalos; pero ¡ay de aquel por quien venga el escándalo! Más le valiera que le atasen al cuello una piedra de molino y lo arrojasen al fondo del mar, antes que escandalizar a uno de estos pequeñitos*» (Lc. 17,1-2).

«Grande fue el crimen de Caín, asesinando a su hermano Abel —dice un autor—; pero mucho mayor es el del escandaloso, que asesina a las almas inocentes.»

El mismo Jesucristo considera el escándalo como un pecado enorme; y esto es lo que significa su expresión: «*¡Ay de aquel por quien viniere el escándalo!*» El escándalo es el mayor pecado del mundo, porque mata las almas y las pierde para siempre. Siendo el pecado el único mal: el mayor pecado es el escándalo, porque induce a que los demás pequen también.

¿Pues qué hemos de hacer con los escandalosos?
Escuchemos de nuevo a Jesucristo:

«Si tu ojo derecho es para ti ocasión de pecar, sácalo y arrójalo fuera de ti; pues mejor te es perder uno de tus miembros, que no que seas arrojado al fuego del infierno, donde el gusano nunca muere y el fuego nunca se apaga. Y si es tu mano derecha la que te sirve de escándalo: córtala y arrójala lejos de ti; pues más te conviene que perezca uno de tus miembros, que no ir con todo el cuerpo al fuego del infierno» (Mt. 5; Mc. 9).

Cierto es que con estas palabras no nos ha querido decir el Redentor que mutilemos nuestros cuerpos, sino que nos apartemos de quienes nos inducen al pecado, aun cuando los consideremos tan necesarios como los ojos de la cara o nuestra mano derecha.

¿Cuáles son los hombres que más nos asustan?

—A causa de nuestra poca fe, son los terroristas y asesinos que, en cualquier momento nos pueden asesinar, por sólo el placer de matar.

Pero, ¿qué dijo Cristo al respecto?

—*«No temáis a los que matan el cuerpo, y hecho esto, ya no pueden hacer más. Yo os mostraré a quién habéis de temer; temed al que tiene poder para condenar cuerpo y alma a los infiernos»* (Mt. 10; Lc. 12,5).

Como si dijera: Temed más bien a quien os induce al pecado, que es quien os condena en cuerpo y alma al infierno para siempre.

El pecado es la muerte del alma, como se lee en el Apocalipsis: *«Tienes nombre de viviente y estás muerto»* (Ap. 3,1); y el escandaloso es el que asesina a las almas para arrojarlas en cuerpo y alma al infierno.

Gravedad del pecado mortal

En mi librito titulado: «Dios te quiere apóstol», cito unas palabras del P. Royo Marín, que han escandalizado a varias personas.

Estas palabras que escandalizan a algunos, no son la opinión particular de un teólogo que opina por su cuenta, sino que se fundan sobre la verdad indiscutible de la verdadera fe de la Iglesia.

Dice le P. Royo: «No se puede favorecer al prójimo, ni aun a la humanidad entera (v.gr., evitando una guerra mundial), si ha de ser a costa de cometer nosotros o hacerle cometer a él un simple pecado venial, por muy pequeño y ligero que sea» (*Teología de la caridad*, pág. 357).

Esta verdad nos demuestra la gravedad del pecado, que, cuando se comete a sabiendas, con plena deliberación, nunca es pequeño; pues el más pequeño siempre excede en gravedad a los mayores males de este mundo.

Pues si es cosa tan grave un simple pecado venial, ¿cuál será la gravedad del pecado mortal?

Sigamos oyendo al P. Royo:

«Ninguna inteligencia creada o creable podrá jamás darse cuenta perfecta del espantoso desorden que encierra el pecado mortal. Rechazar a Dios *a sabiendas* y escoger en su lugar a una vilísima criatura en la que se coloca la suprema felicidad y último fin, envuelve un desorden tan monstruoso e incomprensible, que sólo la locura y atolondramiento del pecador puede de alguna manera explicarlo... El nos dice en la Sagrada escritura que *no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva* (Ez. 33,11). No obstante, sabemos que por un solo pecado mortal

a) Convirtió a millones de ángeles en horribles demonios para toda la eternidad.

b) Arrojó a nuestros primeros padres del Paraíso Terrenal, condenándoles a ellos y a todos sus descendientes al dolor y a la muerte corporal, y a la posibilidad de condenarse eternamente aun después de la Redención realizada por Cristo.

c) Exigió la muerte en Cruz de *su Hijo muy amado, en el cual tiene puestas todas sus complacencias* (Mt. 17,5), para redimir al hombre culpable.

d) Mantendrá por toda la eternidad los terribles tormentos del infierno en castigo del pecador obstinado.

Todo esto son datos de fe: es hereje quien los niegue. Y téngase en cuenta que Dios es *infinitamente justo*, y, por serlo, a nadie castiga *más* de lo que merece (sería una injusticia); y es *infinitamente misericordioso*, y, por serlo, castiga siempre al culpable *menos* de lo que merece. ¿Qué otra cosa podrá darnos una idea de la espantosa gravedad del pecado mortal cometido de una manera perfectamente voluntaria y a sabiendas?

Efectos del pecado mortal. «No hay catástrofe ni calamidad pública o privada que pueda compararse con la ruina que ocasiona en el alma un solo pecado mortal. Es la única desgracia que merece propiamente el nombre de tal, y es de tal magnitud, que no debería cometerse jamás, aunque con él se pudiera evitar una terrible guerra internacional que amenazase destruir a la humanidad entera, o liberar a todas las almas del infierno y del purgatorio.

»Sabido es que, según la doctrina católica —que no puede ser más lógica y razonable para cualquiera que, teniendo fe, tenga además sentido común—, el bien *sobrenatural* de un solo individuo está por encima y vale infinitamente más que el bien *natural* de la creación universal entera, ya que pertenece a un orden *infinitamente superior*: el de la gracia y la gloria...

»He aquí los principales efectos que causa en el alma un solo pecado mortal voluntariamente cometido:

1) Pérdida de la gracia santificante, de las virtudes infusas y de los dones del Espíritu Santo, que constituyen un tesoro verdaderamente *divino*, infinitamente superior a todas las riquezas materiales de la Creación entera.

2) Pérdida de la presencia amorosa de la Santísima Trinidad en el alma, que con el pecado se convierte en morada y templo de Satanás.

3) Pérdida de todos los méritos adquiridos en toda su vida pasada, por larga y santa que fuera.

4) Feísima mancha en el alma, que la deja tenebrosa y horrible a los ojos de Dios.

5) Esclavitud de Satanás, aumento de las malas inclinaciones, remordimiento e inquietud de conciencia.

6) Reato de pena eterna. Si la muerte sorprende al pecador en ese estado, se condena para siempre. El pecado mortal es el infierno en potencia.

»Como se ve, el pecado mortal es como un derrumbamiento instantáneo de nuestra vida sobrenatural, un verdadero suicidio del alma a la vida de la gracia. ¡Y pensar que tantos y tantos pecadores lo cometen con increíble facilidad y ligereza, no para evitarle al mundo una catástrofe —lo que sería ya gran locura—, sino por un instante de placer bestial, por unas miserables pesetas que tendrán que dejar en este mundo, por un odio y rencor al que no quieren renunciar, y otras mil bagatelas y niñerías por el estilo! Realmente tenía razón San Alfonso de Liguorio, cuando decía que el mundo le parecía un inmenso manicomio, en el que los pobres pecadores habían perdido por completo el juicio... Si se diera cuenta el pecador del peligro a que se expone (con el pecado mortal), no podría conciliar el

sueño una sola noche, a menos de haber perdido por completo el juicio» (Royo Marín; *Teología de la Salvación*, págs. 67-69).

LA CONCUPISCENCIA

Siempre se ha dicho, y ningún católico instruido puede dudarlo, porque tenemos incluso nuestra propia experiencia, que los pecados más difíciles de vencer son los pecados de la carne. Los confesores saben muy bien que el noventa por ciento de los pecados de los jóvenes son los pecados carnales.

Los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, junto con todos los santos, siempre nos han prevenido de los peligros carnales.

«Su fuerza es inmensa. Es increíble el poder de su gestión y tendencias malsanas. Son rarísimas las almas que se ven enteramente libres de sus asaltos. No hay halago en el mundo ni asalto diabólico que pueda compararse con la bestial acometida de la concupiscencia desordenada. Santos hubo que para extinguir sus ardores se revolcaban entre espinas o se metían en estanques de agua helada» (Royo Marín).

Es imposible vencer las tentaciones impuras, sin mucha oración, mucha fuerza de voluntad, y, sobre todo, sin un extremado miedo al pecado huyendo de todo peligro.

El único remedio válido

«El remedio más importante es la huida de todo peligro. Este es, generalmente hablando, el principal de todos los remedios. Excelentes son, a decir verdad, la frecuencia de sacramentos, el recurso a Dios en el

momento de la tentación y la devoción a María Santísima, pero por encima de todos está la huida de las ocasiones. Escribe San Bernardino de Sena, que ponerse en la ocasión y no pecar es mayor milagro que resucitar a un muerto. Y San Felipe Neri solía decir que en esta guerra de los sentidos, sólo vencen los cobardes, es decir, los que no se atreven a acercarse a los peligros y huyen de toda ocasión. *«Quien se mete en el peligro, en él perecerá»* (Eccli. 3,27).

Puestos en la ocasión, hasta los santos cayeron. Huyamos de la ocasión si queremos salvarnos» (San Ligorio).

El Espíritu Santo nos recomienda: *No fijas tu atención en las jóvenes, para que no vayas a hacer lo prohibido. No te entretengas con cantantes, para que no te enreden con sus encantos. Aparta tus ojos de la mujer bonita, y no te fijas en belleza ajena; porque por la hermosura de las mujeres muchos se extraviaron, pues con ellas la pasión se inflama como el fuego—*» (Eclo. 9).

La pornografía

¿Qué se entiende por pornografía?

—Pornografía son todos los escritos, dibujos, representaciones o escenas que directamente atentan a la virtud de la pureza. Es el mayor de los crímenes, porque atenta directamente contra la vida del alma inocente y pura causándole la muerte.

Ya hemos dicho anteriormente que el mayor mal que en este mundo se puede cometer contra los demás, es el escándalo, porque va directamente a dar muerte a las almas, induciéndolas al pecado.

El mayor mal del mundo; mejor dicho, el único mal del mundo, es el pecado. Las demás cosas no son bue-

nas ni malas sino en cuanto nos apartan del pecado o nos inducen a cometerlo. Y siendo la pornografía la que con mayor fuerza arrastra al pecado, ¿quién no ve que no puede haber nada en este mundo que sea peor que ella?

Jesucristo dijo: *¡Ay de aquel que comete escándalo!* No hay peor cosa que el escándalo que induce a los hombres a quebrantar los mandamientos. Todos los escándalos son pecados gravísimos; pero ninguno es tan malo y peligroso como los escándalos sexuales que atacan la virtud de la pureza, por ser la virtud más frágil y más vulnerable del hombre.

La impureza es el pecado por el que más almas se condenan

Los santos nos aseguran que la impureza es el pecado que lleva más almas al infierno. San Alfonso M.^a de Ligorio, en su Instrucción al Pueblo, trae el testimonio de varios santos que aseguran que la mayor parte de los hombres se condenan por los pecados de la carne. Algunos, con el P. Séñeri, afirman que tres cuartas partes de los condenados van al infierno por los pecados impuros.

La Santísima Virgen de Fátima reveló a Jacinta que iban a llegar costumbres y modas tan provocativas que serían la perdición de muchísimas almas. ¡Y esas modas y costumbres ya llegaron, tan horrendas como sólo al mismo diablo se le han podido ocurrir! Es la pornografía de la televisión, de las publicaciones y de la enseñanza sexual en los colegios. Lo más criminal y terrible que los hombres malvados con la ayuda de Satanás hayan podido inventar.

Porque, si como nos asegura San Ligorio, la sola vista de una mujer joven y hermosa, honestamente

vestida, si la miramos con descuido, puede despertar nuestras pasiones, ¿qué no harán las que se presentan desnudas o semidesnudas, con gestos y ademanes provocativos y con el único propósito de hacerse desear? Pues si los santos como San Jerónimo, retirados al desierto y haciendo tanta penitencia que sólo tenían huesos y pellejo, y con todo, apenas podían vencer la seducción de los recuerdos de las mujeres que habían visto en el mundo, ¿cómo podremos vencernos nosotros, sentados cómodamente en nuestras butacas, y viendo sin restricciones todo lo que nos ofrecen por televisión?

Yo, a la verdad, estoy asustado de los programas que se ofrecen por televisión, y pienso que son cosa diabólica. Pues antes, las prostitutas solamente podían pecar con un hombre de cada vez; pero ahora, exhibiéndose en televisión, una sola puede hacerse desear de millones de hombres al mismo tiempo.

Entiendo que la mayor parte de los hombres viven alejados de Dios, y tan metidos en lo material, que no comprenden ni quieren comprender lo espiritual. Para éstos, lo que cuenta es el placer, y aunque sea engañoso y pasajero, es lo único que buscan y apetecen. Y no me extraño que estas personas hagan pornografía; no conocen otro cielo que la satisfacción de sus pasiones. Por eso no los culpo. Yo me pongo en su lugar y pienso cómo viviría si no supiera que hay Dios, y que después de la muerte hay otra vida; pienso que si no tuviera fe sería como ellos, y por eso no los culpo. Lo que no entiendo; lo que no puedo comprender, es cómo los que conocemos a Dios y sabemos lo que sufrió por salvarnos, y lo que en el cielo nos tiene prometido, podemos permitir esos desórdenes.

En el día del juicio se nos pedirá cuenta de todos

los pecados, y muy particularmente, se nos va a pedir cuenta de todos los escándalos.

Entonces, pienso que va a haber muchas sorpresas, cuando el Divino Juez se encare contra nosotros exigiéndonos cuenta de los desórdenes y acciones escandalosas que cometieron los comunistas y ateos; tal vez le diremos: «Señor, mira que te equivocas; esos escándalos no los cometimos nosotros sino ellos.» Quizá El nos responda: «Ellos son inocentes, pues cómo no me conocían no pudieron obedecerme. Los culpables fuisteis vosotros, que, conociendo el riesgo en que estaban tantas almas inocentes, no hicisteis cuanto estuvo en vuestra mano para salvarlas.»

¡Ay de aquellos que hayan podido hacer algo para evitar algún escándalo y no lo han hecho! ¡Ay de aquellos que teniendo la obligación de protestar ante las autoridades, al menos para manifestar su disconformidad y que los cristianos supieran a qué atenerse, permaneciendo en silencio crearon la confusión entre muchos creyentes que interpretaron su silencio como un tácito consentimiento!

EL CINE

El cine en sí mismo no es malo. Es un vehículo de cultura, un transmisor de ideas. Es un arte que, si se utilizara rectamente, podía servir para dar gloria a Dios. Pero desgraciadamente, hasta ahora, se ha empleado más para hacer el mal que para hacer el bien.

Los Papas han hablado varias veces del cine, del gran bien que se podría lograr por su medio sembrando la buena doctrina, y también del gran mal que puede acarrear cuando se proyectan películas obscenas. Hoy

son de temer en España los cines y la televisión por las escenas inmorales que transmiten y con las que tienden a corromper la juventud.

Pío XI ya en sus días habló con esta claridad: «No existe hoy un medio más potente que el cinematógrafo para ejercer influencia sobre las multitudes, tanto por la naturaleza misma de la imagen proyectada sobre la pantalla, cuanto por la popularidad del espectáculo y por las circunstancias que lo acompañan...

«Todos saben cuánto daño hacen en las almas las películas malas, que alabando las concupiscencias y los placeres, ofrecen ocasión de pecado, inducen a los jóvenes al camino del mal, exponen la vida bajo una falsa luz, ofuscan los ideales, destruyen el puro amor, el respeto al matrimonio y el afecto para la familia.

»Las buenas representaciones pueden ejercer una influencia profundamente moralizadora... Además de recrear, pueden suscitar nobles ideales de vida, difundir preciosas nociones, aumentar los conocimientos de la historia y de las bellezas del país propio o del ajeno, presentar la verdad y la virtud bajo una forma atractiva.»

Las palabras que los Padres de la Iglesia aplicaban ya en su tiempo a ciertos espectáculos profanos, con más razón se pueden aplicar al cine actual:

No se han de ver las películas eróticas

«El adulterio se aprende viéndolo, y... la matrona que quizá fue casta al espectáculo, sale del mismo mancillada» (S. Cipriano).

«¿Cómo podrás ya ser casto y continente, si ocupan y entretienen tu imaginación aquellos espectáculos, aquellas palabras y motivan después tales sueños? (San Crisóstomo).

«Apartemos los ojos de los espectáculos y de todo lo que empaña la pureza del alma» (S. Jerónimo).

«Los espectáculos deshonestos son como un viento impetuoso que empuja a los jóvenes y los precipita en todo género de concupiscencias» (S. Clemente Alej.).

No hay duda que el cine inmoral de hoy día fomenta toda clase de vicios. El Dr. Martínez Vargas, en Benicarló, dijo en un discurso: «He visto como médico muchos niños con el sistema nervioso afectado por la visión cinematográfica... El niño y el adolescente reciben una impresión intensa, y las ideas se incrustan fuertemente en su mente, imprimiendo carácter a sus voliciones y actos. Recuerdo entre otras historias la de una niña de 11 años, preciosa criatura, que trató de suicidarse y por cuyas lesiones hube de practicarle una cruenta operación. Cuando, repuesta de ésta, le pregunté quién le había enseñado en tan tierna edad a quitarse la vida y la manera de matarse, me contestó estoicamente: "el cine"».

»Es evidente que en el cine de nuestros días abunda la inmoralidad por los principios que se inculcan por las pasiones vergonzosas que se cubren con tenues velos o se presentan descaradamente al desnudo... mientras el cine no se someta a una censura verdaderamente instructiva y moral, vendrá a ser el arte de pervertir a los niños y a la nación» (Benjamín Martín Sánchez).

Fuerza seductora del cine

El P. Loring, en su obra «Para Salvarte», se expresa así:

«El cine tiene una tremenda *fuerza persuasiva*. Anula la personalidad, arrastra, emboba, hipnotiza. Nos identifica con el protagonista y nos proyecta su psicología, su modo de ser, su ejemplo. Es un arma psicológica

fenomenal. Y cuanto más potente es un arma, más peligroso es su mal uso.

»El cine amenaza serios peligros. El primero, aunque menos grave que el segundo, es su *exhibicionismo sexual*. El daño depende, naturalmente, de las circunstancias. No es lo mismo para los fríos espectadores nórdicos que para los ardientes meridionales. No es lo mismo el dominio de una persona culta, que la reacción gamberra del populacho. No es lo mismo la serenidad de la madurez que la excitabilidad de la juventud. Pero no seamos ingenuos cerrando los ojos ante este peligro real. Peligro que no solamente existe mientras dura la proyección de la cinta. La imaginación seguirá después trabajando con las imágenes que se le quedaron grabadas, y es muy fácil que se produzcan después *tentaciones desagradables*.

»Pensemos, por ejemplo, lo frecuente que son las películas que se proyectan escenas de amor en la cama (y no precisamente entre esposos).

»Pero el peor daño del cine es la fuerza con que transmite las ideas. El lenguaje de la imagen tiene un gran valor emotivo que conquista de modo casi invencible y cambia poco a poco el fondo del psiquismo aun contra la propia voluntad que no advierte lo que sucede dentro de sí. Por ejemplo: una película me presenta un marido que no se entiende con su mujer, por incompatibilidad de caracteres. En cambio, se ha enamorado locamente de su secretaria que es de enormes cualidades y le corresponde en su amor. Pero no pueden casarse porque son católicos. Instintivamente nos apena que la Iglesia se oponga a ese matrimonio. En ese momento no se advierten los males que se seguirían a la familia, en general, de permitir el divorcio. Instintivamente aprobamos el adulterio de dos personas

que nos han ganado el corazón. De esta manera se nos va cambiando la mentalidad sin casi advertirlo.

* * *

El cine enfoca y resuelve muchos problemas humanos *al margen de Dios*, como si no existiera una ley divina y un destino sobrenatural del hombre. Esas películas con un criterio que no tiene, generalmente, nada de cristiano, a fuerza de verlas van cambiando, sin darse uno cuenta, el modo de pensar en cristiano para pensar como los del cine. Son una lima para el espíritu cristiano. Tú no lo notas, pero siempre se llevan algo. Una conducta inmoral interpretada por un artista agradable, nos inclina a la justificación. Con esto empieza a evolucionar nuestro criterio cristiano, y al fin, arrastrados por el ejemplo del cine, se termina poniendo por obra lo que tantas veces se vio en la pantalla con fuerza seductora. Como están expuestas de un modo agradable y simpático, las admitimos con facilidad. Tenemos que filtrar esas ideas y rechazar todo lo que no esté de acuerdo con nuestras ideas cristianas.

«Los pueblos no mueren porque se les combata, sino porque se les corrompe.» Pues el cine está teniendo la virtud trágica de corromper hasta la conciencia de nuestro pueblo. Muchos españoles de hoy no piensan en español ni en cristiano sobre problemas tan capitales como son la familia, el amor, la mujer.

A fuerza de ver en el cine cosas que están mal, aunque al principio nos repelen y las censuramos, poco a poco nos vamos acostumbrando, y es posible que, si se nos presenta la ocasión, hagamos también nosotros lo que antes nos hubiera horrorizado...

* * *

El cine ha hecho también muchísimo daño a las chicas enseñándoles modales insinuantes y provocativos, y un modo de ser frívolo y fácil. ¿Cuántas chicas se han hecho unas frescas por lo que vieron en el cine? ¿Cuántas chicas cayeron más hondo de lo que jamás sospecharon por seguir unos primeros pasos que aprendieron en el cine?

Muchas películas son de hecho para muchos una verdadera escuela de vicio. Al exhibir ante la juventud escenas de besos prolongados y lascivos que les excita a hacer otro tanto, haciéndoles creer que tales acciones son la señal necesaria del amor, y afianzándoles en la convicción de que eso se puede hacer, pues tantos otros lo hacen. Así se mata poco a poco en las almas el sentido del pudor y de la pureza.

Muchas películas son a base de una chica que se lía con un casado, una prostituta que seduce a un jovenzuelo, de una mujer que engaña a sus marido, etc. Siempre a base de pecados sexuales. ¿Cuándo veremos películas que exalten las virtudes de un buen padre de familia, de una madre honrada, de una chica decente? Hacer esto es mucho más difícil. Aquello es mucho más fácil. Por eso abundan las películas a base de los bajos fondos de la vida.»

Todo el mal que se halla en el cine, al llevarlo a la pequeña pantalla, se multiplica por millones. El cine contiene el veneno que antes se vendía caro en los establecimientos, y ahora, por la televisión, se sirve gratuitamente a domicilio.

LOS MALES DE LA TELEVISION

Estoy tratando de explicar que, actualmente la por-

nografía es uno de los mayores males del mundo, por ser el incentivo más poderoso para provocar la concupiscencia sexual, que son las pasiones más fuertes y brutales del hombre.

La pornografía hoy se extiende a todos los medios de comunicación social: el cine, el teatro, las revistas y la televisión. Pero al ser la televisión la que abarca mayor campo de acción, es por ello mucho más terrible y destructora.

He oído decir que la pornografía en algunos cines y teatros es demoníaca. Hombres y mujeres desnudos en presencia del público cometen las acciones más deshonestas y provocativas. Son funciones sin otro interés ni atractivo que el de excitar los más bajos instintos del hombre y recrearle en deseos impuros. Todo eso es diabólico, pero, no obstante, pienso que no hacen tanto daño como el que hace la televisión. Pues a estos lugares de ordinario no entran almas inocentes, sino solamente las que ya están pervertidas y no les importa añadir pecados a pecados.

Sin embargo, la televisión la tenemos todos los españoles instalada en el salón principal y más confortable de nuestras casas. ¡Oh, qué problemas causa la televisión cuando alguno de la familia quiere ver lo que no se debe! ¡Y qué de escándalos cuando son los padres los que más gozan viendo sus porquerías! ¿Quién podría calcular las almas que se pierden por ver la televisión?

Y no solamente son malos los programas pornográficos, que son muchísimos. Quizá tan malos como los pornográficos son las opiniones de los *famosos* hablando contra la Iglesia y ridiculizándola cuanto pueden. Cuando los organizadores o presentadores de televisión saben que un *famoso* odia a la Iglesia, se le llama

a televisión, se le ensalza como si fuera un superdotado y después se le pregunta su opinión sobre la iglesia.

Los buenos sacerdotes y los buenos cristianos, no aparecen nunca en televisión; pero si hay un apóstata, les faltará tiempo para saberlo y aparecerá en televisión. Se les permite decir lo que quiera y no habrá nadie que los contradiga y refute; porque si alguna vez, para cubrir apariencias hubiera que poner a alguien que representara a la Iglesia, ya tendrían cuidado de poner al menos capacitado.

La televisión de hoy es horrible y perversa

Quizá alguno de los que lean esto se pregunte: ¿Tan mala es la televisión?

—Comprendo que las personas que podrían condenarla con autoridad no digan nada, porque seguro que no la ven. Las almas espirituales que pudieran comprender los destrozos que ocasiona, seguro que no lo saben porque no la ven. Los buenos teólogos y personas que viven la fe, no pierden el tiempo con nada, y mucho menos viendo televisión. Su vida transcurre entre el trabajo y la oración, y por ello viven muy alejados de la televisión. Quizá por ello suceda que no se han apercebido de los daños que está haciendo y por eso no hablan de ella.

¿Por qué es tan mala la televisión?

La televisión por sí misma no es mala. Pío XII estaba muy ilusionado con ella pensando que se había inventado una fórmula revolucionaria para la propagación del Evangelio.

La televisión es un medio asombrosamente poderoso y eficaz para propagar rápidamente los grandes ideales.

Según la opinión de filósofos modernos, la gran

masa del pueblo apenas saben pensar y decidir por sí mismos, y se dejan influenciar fácilmente de las ideas que les llegan prefabricadas a través de los medios de comunicación social.

Por eso es hoy considerada la televisión como el medio más eficaz y poderoso para decidir el futuro y forma de vida de los pueblos; ya que ella es la que modela la sociedad y es la responsable del modo de ver y pensar de los pueblos. ¡Qué pocos son los que no se dejan persuadir de los sugestivos y engañosos ideales de tantos embaucadores que se presentan ante el público como maestros infalibles de la verdad!

Cierto que, si como Pío XII quería, la Iglesia hubiera podido usar la televisión para la propagación del Evangelio, fácilmente habiéramos podido conquistar el mundo entero para Cristo.

Consideremos que a pesar de lo catastróficas que son las bombas atómicas, éstas harían poco daño si no hubiera aviones y proyectiles que las trasladan rápidamente al campo del enemigo. Eso es lo que hace la televisión con la pornografía; si solamente estuviera en los cines y teatros, no haría tanto daño; pero al traerla a nuestros hogares por la televisión, es cuando nos hace daño.

Poco daño harían las prostitutas si no existiera la fotografía y la televisión; se limitarían a seducir solamente a aquellos hombres que estuvieran a su alrededor. Pero con la fotografía ahora están a la venta en los kioscos, y con la televisión llegan sin ser llamadas a cualquier honrado hogar donde haya un televisor.

La Iglesia necesita la televisión

Ahora que el gobierno parece estar dispuesto a que haya televisiones privadas, la Iglesia de España debe

hacer todo lo posible por tener acceso a la televisión.

Lo ideal sería que la Iglesia pudiera tener un canal de su propiedad, para poder anunciar de esta forma el mensaje de Cristo. De esta forma se multiplicaría por millares las posibilidades de que la palabra de Dios llegase a muchas almas que ahora no la oyen. Actualmente el mensaje de Cristo no se anuncia fuera de los templos donde, por desgracia, solamente acuden una minoría. Si la palabra de Dios se anunciase por televisión tendrían la posibilidad de oírla muchísimas almas que ahora no la oyen.

En España nos quejamos de que hoy se está poniendo de moda el ateísmo. Hay muchísimos que no quieren creer las verdades más importantes de nuestra fe. Pero, ¿cómo van a creer a Cristo sin haber oído su doctrina? La lógica de San Pablo es concluyente: *«¿Cómo van a creer sin haber oído hablar de El? Y ¿cómo oirán si nadie les predica?»* (Rm. 10,14). La mitad de los españoles no entran en las iglesias, y si el mensaje evangélico solamente se predica en las iglesias, ¿cómo van a conocerlos los que nunca entran en ellas?

Además, la mitad de los curas interpretan el Evangelio de una forma tan materialista que muchos hacen más daño que bien. Por falta de vida interior no captan el verdadero sentido de la palabra de Dios. Son curas mediocres que a veces hacen más daño que provecho en las parroquias. Pero si hubiera un canal de televisión por donde pudiéramos tener el privilegio de oír a los verdaderos varones apostólicos que estando llenos del Espíritu Santo, tienen el poder y la fuerza de hacerse entender y contagiar el Espíritu de la verdad, el mundo cambiaría.

LA PORNOGRAFIA EN LOS COLEGIOS

Si la pornografía es mala en televisión, en los colegios ya es el colmo. Y si es un grave pecado de omisión no hacer cuanto podamos en contra de la pornografía en televisión, ¿qué pecado será el nuestro, si por cobardía o por lo que sea, no hacemos cuanto nos sea posible para impedir la pornografía en los colegios?

¿Qué ocurriría si libros como el de enseñanza sexual de la Junta de Andalucía, se llevaran a los colegios como ellos quieren, para niños de 8, 10 y 12 años? Ocurriría nada menos que lo que ya sabemos ha ocurrido en varios países que han hecho algo parecido. Las niñas se prostituyen a los doce años, se quedan embarazadas y empiezan los abortos y la maternidad irresponsable con todos los males que esto acarrea para la sociedad.

Porque una cosa es la enseñanza sexual, que es aconsejable, y otra muy distinta la pura pornografía que embrutece las conciencias, excita las pasiones y les lleva a probar lo prohibido, y cometer toda clase de aberraciones sexuales, que, al hacerlas hábito desde la más tierna edad, difícilmente podrán corregirlas cuando puedan darse cuenta de su mal camino.

Si la enseñanza sexual es aconsejable, siempre que se haga con la debida delicadeza y a la edad conveniente, es precisamente para que no aprendan en la calle lo que los socialistas quieren enseñar en los colegios.

No es cierto que sea necesario que los niños sepan tanto de sexualidad como muchos quieren hacernos creer. Basta con que sepan lo que todos los padres dicen a sus hijos: Que han de guardarse de dejarse ver desnudos y que tampoco deben mirar a otros, etc.

¿Quiénes deben enseñar estas cosas?

Los padres y los profesores de religión deben enseñar estas cosas con mucha delicadeza al preparar los niños para la primera comunión. Enseñando bien el sexto mandamiento, tal como lo enseñaban los Catecismos tradicionales, adaptándolos por los catequistas a las conciencias infantiles; en esas edades no necesitan saber más sobre sexualidad.

Es un grave error querer explicar a los niños pequeños cómo se forman sus hermanos en el vientre de su madre. A los pequeños lo mejor es decirles que los niños no deben hablar de esas cosas, y que si otros hablan de ello deben huir de tales conversaciones.

Después, de acuerdo con su edad, se les puede ir diciendo algo, siempre con mucho tiento y una extrema prudencia, teniendo en cuenta que lo más importante es que consigan una delicada conciencia y un gran amor a la virtud de la pureza.

La lucha contra la carne

Nadie puede ser discípulo de Cristo, si no *se niega a sí mismo, carga con su cruz y le sigue*. Y esto es lo que también hay que enseñar a los niños desde su más tierna edad.

No se puede ir al cielo haciendo lo que nos pide el cuerpo; porque *«los que viven según la carne, no pueden agradar a Dios»* (Rm. 8,8). *«Si vivís según la carne, moriréis; más si con el espíritu dais muerte a las obras de la carne, viviréis»* (Rm. 8,13). *«Os digo, pues: Andad en espíritu y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque la carne tiene deseos contrarios a los del espíritu, y el espíritu los tiene contrarios a los de la carne, como que son cosas opuestas entre sí»* (Gal. 5, 16-17).

En estas cosas hay que insistir siempre, con niños y con mayores. Hay que formar las conciencias de que para ser cristiano es preciso sacrificarse mucho y no dejarse llevar de los apetitos carnales.

A los niños es importantísimo recomendarles mucho que se aparten de las malas compañías. Que cuando alguien hable de cosas sexuales deben apartarse de tales conversaciones.

Huir de las conversaciones impuras

«¿No sabéis —nos dice San Pablo— que un poco de levadura corrompe toda la masa? ... Si hay alguno deshonesto, con ese tal no tengáis trato» (1Cor. 5,6 y ss).

«La fornicación y cualquier género de impureza... ni siquiera de nombre entre vosotros... ni palabras torpes, ni conversaciones tontas, ni bufonías, etc. Pues habéis de saber que ningún fornicario, ni impuro o avaro tendrá parte en la heredad del reino de Cristo» (Ef. 5,3-5).

La experiencia de veinte siglos de cristianismo nos da la razón de las palabras del apóstol, que es la Palabra de Dios: Para conservarnos puros hemos de huir de los impuros como del contagio de la lepra. Y la fornicación, y cualquier género de impurezas, *ni siquiera se nombren entre nosotros*. «La pureza es una virtud tan delicada como un espejo —nos dice San Ligorio— que hasta con el aliento se empaña.» No podemos pensar en cosas impuras, porque nos excitan, y una vez excitados no nos podremos dominar sin la gracia de Dios, y Dios no da la gracia a los que se meten voluntariamente en el peligro.

Todo esto nos demuestra lo delicado que es la educación sexual, que si no es impartida con muchísima prudencia por profesores de religión y de muy delicada

conciencia, harán mucho más daño que bien. Y cuando es impartida por profesores ateos, el mal que pueden hacer es irreparable. Esos profesores, como el libro de educación sexual de la Junta de Andalucía, no educan a la virtud, sino que excitan y arrastran al vicio, causando daños irreparables que, de ninguna forma podemos tolerar.

LO QUE NO PODEMOS TOLERAR

En la hoja n.º 29 de la *Obra de Oración y Sacrificio por la Iglesia y por España* apareció este artículo que transcribo íntegro porque resume en pocas palabras cuanto llevo dicho:

«La historia de la Iglesia confirma a lo largo de los siglos la verdad de las palabras de Jesús: *«Si a Mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros.»* Sería suicida cerrar los ojos a lo que pasa en nuestros tiempos, porque equivaldría a dejar el campo al enemigo, olvidando el amor que debemos a la Iglesia y a su divino Fundador. En España tenemos hoy una solapada pero tenaz persecución que el señor Obispo de Sigüenza ha calificado en carta pastoral (15 enero 84), de *«Campaña contra la fe y la moral cristianas»*. No voy a hacer una soflama sino a presentar hechos y que luego cada cual saque las consecuencias.

Empecemos por los SACRILEGIOS: profanados los Sagrarios y arrojadas las Sagradas Formas en la Iglesia de S. Gabriel (Bilbao), de S. Esteban (Segovia), en la Parroquia de Villaverde-Mogina (Burgos), Puente Genil (Córdoba), y otras, quemadas o rotas imágenes de la Virgen en Manresa, en Vitoria (dos veces la Virgen Blanca), en Opaté (Treviño) y en figuras del na-

cimiento (calle de Alcalá, Madrid), etc. Innumerables robos de objetos sagrados, que han obligado a tener cerrados los templos la mayor parte del día. Todo ello ha quedado impune.

Más trascendencia tiene el que desde las alturas del Poder se dicten LEYES frontalmente contrarias a la Ley de Dios, cuyo nombre ha evitado cuidadosamente la Constitución: el divorcio y el aborto, que ultrajan al matrimonio y la Lode. Esta ley busca la supresión progresiva y rápida de los Centros de educación privada, especialmente de los de la Iglesia para que toda la enseñanza quede en manos del Estado laico y ateo —y de paso dictatorial— que impone programas y orientaciones. El derecho de los padres, anterior al del Estado, ha quedado burlado. Se dan casos y podría concretar de que el profesor de religión es un marxista, que en sus clases pone en ridículo a la Iglesia y siembra la duda sobre las creencias religiosas. El presidente de la Confederación de Centros de enseñanza, Martínez Fuertes, hace un catálogo de agravios a la concesión de becas, recortes de ayudas económicas, incluso cierres, etcétera, que es imposible transcribir. (ABC, 11 septiembre 1984). Mucha gente no se da cuenta de este estrangulamiento y desde luego TV no dirá una palabra sobre ello.

Por su parte, Juntas, Diputaciones y Ayuntamientos van EXPULSANDO de sus centros a las comunidades religiosas, cuya sustitución por personal laico encarece los costos y disminuye la eficacia. Así se arrojó a los Salesianos del Colegio de la Diputación madrileña, a los Terciarios capuchinos, sin previo aviso ni diálogo, de centros de reeducación de Málaga, Tenerife, Madrid y Zaragoza, a las Hijas de la Caridad de Santa Ana de Albelda (Rioja), etc. La Diputación de Pamplona,

regida por un ex-sacerdote, ha quitado a los Jesuitas la dirección de la Escuela profesional de Tudela y ha disminuido hasta límites ridículos la subvención a la Universidad de Navarra. La Junta de Andalucía ha repartido por las escuelas el Libro Verde, del que puede decirse lo que del Libro Rojo del Cole y Comic "Madrid", de la capital de España ha dicho el concejal Ruiz Gallardón: *«porquería, repugnante, asqueroso, pornográfico blasfemo, contrario a la moral y a la familia, apologético del consumo de drogas y corruptor de la juventud»* (El Alcázar, 14 abril 84). Cosas similares se han hecho también en Granada y Puertollano.

»A pesar de las protestas de los Arzobispos de Burgos y Oviedo y varios otros Prelados, pasan por diversas ciudades de España la obra TELEDEUM, que hace *“escarnio de la Religión Católica, ultrajando públicamente sus dogmas, ritos y ceremonias, sobre todo el dogma de la Eucaristía”*, según palabras del valiente abogado burgalés don Juan Riu.

»Capítulo aparte merece TELEVISION, sembradora de mentiras y pornografía. Unas veces son las películas, otras las declaraciones, de quienes son convocados y seleccionados con todo esmero para dejar en ridículo la fe y la moral. Sólo Dios sabe el sinnúmero de escándalos, que desde allí se arrojan sobre los hogares españoles a quienes cabe mucha culpa por abrir indiscriminadamente el aparato y tragarse con más o menos remilgos lo que les echan: adulterio, frivolidad, ausencia de valores religiosos, violencia, prostitución, etcétera. Con razón se han quejado los Obispos españoles (19 de marzo 84). Dígase otro tanto de emisiones radiofónicas, revistas obscenas y ciertos periódicos bien subvencionados con el dinero de todos. Se persigue a destruir la moral y la fe cristiana, según lo

acordado en los Congresos del PSOE y sustituirlas por un modo de vivir laico y materialista. Quieren cambiar el ser de España. Opongamos al ateísmo, la adhesión a Cristo con su Iglesia y el Papa, la oración y la penitencia al deseo de gozar como sea y que está llevando a muchos a la desilusión, a la droga y al suicidio. Trabajemos para que *“venga a nosotros Tu Reino”*, reino de paz, de justicia y de amor.

»No prevalecerán.»

Juan Esteban, S.J.

¿QUIENES SON LOS CULPABLES?

Hay dos clases de personas que hacen muchísimo daño, contribuyendo muchísimo a que los escándalos continúen y aumenten más cada día. Los primeros son los materialistas que con argumentos y razones tratan de convencernos de que la sexualidad no es pecado, y que la Iglesia en los siglos pasados exageraba las cosas dándoles demasiada importancia a cosa tan natural como es el amor sexual.

En una ocasión oí decir a una presentadora de televisión: «Yo no me explico por qué antes la Iglesia condenaba tan duramente las películas de amor. Pues, ¿qué mal hay que se hagan el amor dos personas que se quieren? ¡Y en cambio, no condena igual las películas de violencia que son las que de verdad deberían condenar!»

A esta señorita se le debería haber respondido: La Iglesia condena igualmente todos los pecados: la fornicación, la violencia y todos los demás. Lo que pasa es que las películas no son hechos reales, y por tanto, no son pecados sino en cuanto conducen al pecado.

Las películas de violencia no inducen al pecado como inducen las pornográficas; pues no por ver una película de tiros salimos con ganas de matar. Esas, de ordinario, solamente entretienen, pero no excitan los ánimos. En cambio, las películas pornográficas, si excitan las pasiones y predisponen el ánimo para cometer esos pecados. Para muchísima gente, ver una película pornográfica es ponerse en peligro próximo de pecado, y sólo por eso ya es pecado.

Responsabilidad de los sacerdotes

Las otras personas, que tal vez en este sentido aún hacen más daño que las primeras, son los católicos que, con su silencio, no solamente no condenan la pornografía, sino que en cierta manera *consienten* que se propague por no condenarla con energía. Unos con su silencio, y otros insinuando que no es tan mala como se ha dicho en el pasado, Y tanto más daño hacen cuanto por su estado o posición más obligados están a denunciarla.

¿Cuántos son los curas que condenen seriamente el ver sin precuación los programas de televisión? ¿Cuántos los que se impongan contra tantos escándalos públicos que han convertido el mundo de hoy en una Babilonia apocalíptica? Los más huyen hablar de estas cosas temiendo ser tachados de anticuados y de ridículos temores de escrúpulos infundados y ya superados por la mayoría.

En estos tiempos, cuando los socialistas y ateos están haciendo tantos esfuerzos para ridiculizar los temores y peligros que los santos sacerdotes del pasado y los buenos teólogos de siempre vieron en todo cuanto excita o provoca a la sexualidad, no es posible guardar silencio sin hacernos cómplices de sus escándalos.